

mán de sorpresa y admiración, todo con una ingenuidad y una gracia verdaderamente encantadoras. Después de haberles manifestado mi gratitud, con toda la efusión de mi pecho, la madre, dirigiéndose á sus hijas, les dijo:—Vaya, enseñadle ahora lo que hay debajo del vestido.—¡Diablo!—pensé yo. Las muchachas vacilaban.—Ánimo, tontuelas: levantaos las faldas.—Las faldas nada menos,—volví á pensar.—Arriba digo, ¿hay en ello motivo para avergonzarse?—Yo no sabía lo que me pasaba. Las muchachas se resistieron un poco todavía, hasta que, riendo y cubriéndose el ruboroso rostro con una de sus manos, levantaron ambas, haciendo un gracioso mohín, la falda de su vestido, dejando de manifiesto un elegantísimo refajo hecho de tres piezas, verde, blanco y rojo, con una gran cruz blanca en el centro.»

Contestación:—«¿Qué viene á hacer esa señora con sus hijas en medio de vosotros! Juicio. Lo digo porque sé que lo necesitas; ¡tienes tú una cabeza!»

«Padua, 5 de Septiembre.

»...He llegado enfermo á Padua y entrado en el hospital de Fate-lase-fratelli, donde han atendido perfectamente á mi salud, de manera que mañana vuelvo al regimiento completamente restablecido. No ha ocurrido otra cosa. No te he querido escribir antes, dándote cuenta de lo que pasaba, para evitarte la molestia de venir; pues de fijo hubieras venido. Ahora puedes incomodarte, gritar, escribir, quejarte, todo cuanto quieras: la cosa ha concluído, y no hay más que conformarse. Esto corre de mi cuenta, amada madre: dale gracias al cielo de que todo se haya reducido á una insignificante calentura, y piensa en los pobres muchachos que veo á mi alrededor, cuál herido de bala, cuál de bayoneta, condenados á permanecer en cama quién sabe cuánto tiempo, y pudiendo tenerse por muy dichosos los que al cabo puedan

abandonarlo. Delante de mí tengo un subteniente de granaderos, lombardo, que en la batalla de Custozza recibió un bayonetazo en el pecho, de un sargento de croatas, y herido como estaba no quiso abandonar el campo de batalla. Me ha mostrado su levita, que todavía está completamente manchada de sangre. Está casi curado, y se levanta y puede andar; pero al despertar, en el momento que trata de incorporarse, sufre dolores atroces. Me refirió el hecho.—No recuerdo bien, me dijo; sólo recuerdo, como en sueños, haber visto cuatro ó cinco rostros horribles que, á todo correr y dando un prolongado aullido, venían hacia nosotros, de los cuales el uno, que tenía clavados en mí los ojos, no me perdía de vista. Jamás olvidaré aquella mirada penetrante, ni la aguda punta de aquella bayoneta: era un hombre alto, moreno, con unos bigotazos enormes. Cómo se las compuso para herirme no puedo decirlo. Recuerdo que pasó por delante de mí, haciendo el molinete con la espada, un oficial austriaco, sin pelo de barba, de aspecto femenino, muy joven, que gritaba desaforadamente: «¡Jesús María! ¡Jesús María!» Pasó y desapareció. Siempre le estoy viendo, y de seguro le reconocería. Al cabo de algunos días, hallándome en el hospital, con calentura y delirando, todavía oía zumbiar en mis oídos aquel aullido prolongado y el rumor resultante del choque de los fusiles, y veía lejos, muy lejos, una punta refulgente que avanzaba lentamente, lentamente hacia mi corazón, cual si me mirara para reconocermé; y luego, de pronto, la sentía penetrar en mis carnes, fría, rígida, y quedarse en ellas y ahondar en ellas de cada vez más. Te parecerá esto extraño; pero la verdad es que, durante muchos días, cualquier ruido inesperado que hasta mí llegaba, el choque de una puerta, la caída de una silla, me causaba un estremecimiento general...—Este pobre muchacho, herido como está, la otra noche saltó de la cama en camisa, y vino á preguntarme si se me ofrecía algo, pues le había parecido que me



quejaba. Me avergoncé. ¡Un calenturiento débil y vulgar ser causa y motivo de que un herido de un horrible bayonetazo se incomode por él! Desde aquella noche, el rumor más insignificante que de él procede, aun cuando sea porque esté roncando, es motivo suficiente para que salte de la cama.— No sé si sabes que el cuartel general se halla en Padua. Ayer, en tanto estaba dormitando, ví pasar ante mis ojos un pecho cubierto de medallas y de cruces, fijo mi mirada, era él, era el «censor bondadoso.» Permaneció una hora á mi lado. Comencé á hablar de la guerra; dejó caer el discurso; jamás sonrió: estaba muy triste. Me dejó estrechándome la mano repetidas veces y diciéndome con mucha gravedad:— Ánimo.»

La contestación es una protesta violenta, pero cuya fuerza va disminuyendo desde la primera á la última palabra, pues comenzando por—«Verdaderamente no mereces que te quiera tanto... El cielo es muy cruel conmigo...»—termina:—«¡Loado sea el cielo; pues veo que de veras te protege, y bendito seas tú, mi amado y bondadoso Alberto!»

«Martellago, 15 de Septiembre.

»...¡Por fin! Por vez primera estamos acuartelados en Martellago, no muy lejos de Mestre. ¡Dispongo de un gabinete! ¡de una cama! ¡de una mesa! ¡de un espejo! ¡Dicha suprema! Tú no puedes comprender, querida madre, lo que significa para nosotros poseer un rinconcito de habitación después de tantos meses de dormir sobre el duro suelo, y de no podernos lavar la cara como no fuera en el agua de las acequias. — ¡Es mío! — exclamo midiendo á lo largo y á lo ancho el aposento á pasos lentos y mesurados, y dirigiendo repetidas miradas á las paredes.— Es mío; lo pago, lo disfruto, lo poseo y guardo la llave del mismo en el bolsillo.— La primera noche, al momento de echarme en la cama, he

experimentado cierto embarazo, una verdadera sujeción: me se figuraba ser una especie de aldeano que hubiese penetrado de pronto y á escondidas en un salón señorial, y que de un momento á otro me iba á caer encima una verdadera lluvia de palos. Después, cuando puse la rodilla en el guardalado y la sentí hundirse, temí caerme; me detuve, sonreíme y volví á subir, con una sorpresa, con una satisfacción, con un placer sólo comparable al que experimentaba de niño, abriendo la caja de la cual salía el mago portentoso con aquellas barbas inmensas. ¡Qué delicioso sueño y qué alegre despertar!... ¡Un aposento! Pero soy un rey; quiero recrearme; quiero hacer el *mozalbetes*; quiero disfrutar de la vida. Ya he empezado. Me he hecho servir el café en la cama: me he levantado y vestido lenta y tranquilamente, bostezando voluptuosamente, y preguntando á cada instante por el tiempo y la hora: he tenido la impertinencia de hacer llamar á un barbero del pueblo, á quien he recibido repantigado en la poltrona, y he encendido un cigarro, y he abierto un libro... ¡Gran cosa nadar á cuerpo que quieres en el bienestar y la comodidad! ¿Querrás creer, querida mía, que es tanto el cariño que me inspira mi gabinetillo, que cuido de la simétrica disposición de mis muebles? De fijo te vas á reír; y, sin embargo, puedo asegurarte... que ahora comienzo á comprender el cómo y el por qué de amar tanto la casa vosotras las mujeres; no volveré á burlarme en todos los días de mi vida de tu escrupuloso cuidado para que cada cosa esté en su sitio, limpia y aseada. ¡Qué de cosas enseña la tienda!»

Contestación:—«Se me figura que para comprender ciertas cosas, no es necesario haber vivido en la tienda! Duerme teniendo cerrada la ventana: no son los primeros días de Septiembre los más á propósito para dormir sin tomar todas las precauciones conducentes á evitar un enfriamiento: si no tienes bastante abrigo, pídele más á la dueña de la casa.



Á propósito: ¿tu patrona es joven? ¿Está casada? ¿Tiene hijos? ¿Qué especie de mujer es? Las patronas de huéspedes siempre me dan no poco en qué pensar, porque, por punto general, siempre tratan de mezclarse en lo que no les importa. ¡Por otra parte, tú eres un bendito de Dios!»

«Martellago, 16 de Septiembre.

»...Es extraño, digo mal, es naturalísimo, pero á primera vista parece extraño, que después de una campaña, hasta aquellos de los nuestros que parecían más indiferentes, más fríos, más escépticos, experimenten una vehemente necesidad de cariño, y hablen de continuo y con todo el mundo de sus familias (algunos habían hasta olvidado que la tenían), y escriban á unos y á otros, y guarden cuidadosamente las cartas, y soliciten de los amigos que les envíen sus retratos, y busquen por mar y por tierra un amorío cualquiera, con tal que sea sentimental. Tales cambios se realizan más generalmente y con mayor rapidez é intensidad después de una guerra desgraciada: se comprende. Algunos hay que han llegado á desenterrar no sé qué lejanas primas, de cuyos nombres á duras penas se acordaban, con las cuales han establecido una desaforada correspondencia literaria. Las primitas, sorprendidas y enamoradas por la súbita y apasionada expansión de aquellos corazones, contestan con frases de fuego: los hierros, como suele decirse vulgarmente, ablándanse con el calor... vaya, que preveo algunos casamientos. Las guerras arrebatan muchos hijos á la patria, pero en cambio le preparan no pocos. Si tú los vieses, como los veo yo, á ciertos Tenorios de diez y ocho abriles, calaverillas consumados, que hace pocos meses ponían la botella, el cigarro y la rubia ó la morena por encima de todos los afectos y de todas las felicidades humanas; si los vieses durante la velada, asomados á las ventanas, contemplando la luna con mirada melancólica, y lamentarse, diciéndome tristemente:—¡Hace dos días

que no me ha escrito!—Es inútil: dígase lo que se quiera, la mujer es y será siempre nuestra reverenciada dueña y señora: la ambición, la gloria, otras dichas ó felicidades, deseadas ó esperadas, pueden á veces deslumbrarnos y hacernos presumir que pueda prescindirse de ella, esconderla, si así cabe decirlo, á los ojos de nuestra mente ó á los deseos de nuestro corazón; pero luego... Ella, como dice Manzoni, no nos detiene en el soberbio viaje,

Antes nos guía; y vigila y espera  
y nos coge ..

Sí, ¡nos coge siempre!»

Contestación:—«¿Y tú á quién has desenterrado, barbilindo? ¡Juicio! ¡juicio! y ¡juicio!»

«Martellago, 17 de Septiembre.

»...Otro fenómeno, digno de llamar la atención, es el ardor por la lectura que, después de una guerra, se apodera de todos, hasta de aquellos que, por indolencia, por temperamento ó por defecto de cultura y educación, son más refractarios á semejante ocupación y ameno pasatiempo. Todos leen, todos buscan libros: el cura del pueblo se ha visto precisado á sacar de sus estantes cuantos libros constituyen su biblioteca. Por lo que hace á mí, que, según dices, soy extremado en todo, esa necesidad se ha convertido en verdadera manía. No es deseo de libros lo que siento, es hambre, hambre rabiosa. Sin embargo, me mantengo fiel á mis antiguos amores. Cuantas horas de día y de noche me dejan libres mis ocupaciones, me las paso leyendo, releyendo, meditando y analizando la querida, la bendita, la santa novela *I promessi sposi* (Los Novios), mi eterno compañero y amigo, fuente para mí de tantas dulzuras, de tantos consuelos y de aquella grata, apacible y suave tranquilidad de espíritu y de



corazón, mediante la cual todos mis afectos se purifican y fortalecen, mis pensamientos se elevan, y las cosas, y los hombres, y el mundo y la vida, cuanto existe, en fin, se ofrece á mi inteligencia bajo el mejor de los aspectos que pueda desearse, completamente rodeado de amor y de esperanza. No sé por qué, pero mi patria, mi regimiento, tú, mis amigos, cuanto veo, cuanto amo, lo amo más y con mayor elevación y nobleza, meditando este evangelio de la literatura. No hay en este libro una página, una sola, á la cual no vaya unido un recuerdo de nuestras lecturas primeras; cuando tú tenías el libro encima de las rodillas, y yo leía, y tú escuchabas, y mis lágrimas caían sobre tus manos, y llegados ciertos momentos el libro se cerraba, y nos abrazábamos, y si yo leía en mi gabinete, salía y corría á buscarte para llorar entre tus brazos. Lo tengo ante los ojos ese libro bienaventurado, lo tengo entre las manos, lo estrecho contra mi corazón y le digo:—Por todas y cada una de las lágrimas que has hecho verter á mi madre y á mí; por todos los santos afectos que has despertado y sostenido en mi alma, vivos é intensos; por todo el amor que me inspiraste á los hombres, á la vida y á las cosas grandes y elevadas, te juro, que como fuiste mi primera lectura, serás también la última, y que en tanto mi mano pueda sostenerte, y distinguírte mis miradas, te buscaré á tí, siempre á tí, libro celestial.»

Sigue á esta carta el anuncio de la salida de Martellago, y después, día por día, una indicación de las salidas y llegadas sucesivas de Padua á Rovigo, de Rovigo á Pontelagoscuro, de Pontelagoscuro á Ferrara, de Ferrara á Módena, de Módena á Parma.

«Parma 16 de Octubre.

»...Escucha, escucha qué pasada me ha jugado el bribón del asistente. Hace dos semanas, el día de su santo, tomé

en la cantina una botella de buen vino, y después de haberle pegado en el cuello un pedazo de papel en el cual había escrito de antemano—San Remigio—aprovechando un momento en que no se hallaba en su tienda, entré en ella y la dejé donde pudiera verla. No supe más; ni me dió las gracias; ni hizo indicación alguna, tanto que llegué á presumirme que se la habían robado. Ayer, al caer el día, regresando de un paseo que había dado fuera del campamento, penetro en la tienda, y veo en mi sitio un gran montón de paja nueva, perfectamente dispuesta y arreglada, tanto que parecía acabada de sacar de un jergón, y en el lado donde apoyo la cabeza una imagen pendiente del sustentáculo de la tienda, con hojas y flores en derredor, y una candelilla encendida delante; y en el lado, encima de la tapa del cofre, un estuche de madera, labrado con el cuchillo, que podía pasar muy bien por una petaca, y debajo del estuche un mazo de cigarros, atados con una cinta encarnada. Miro la imagen, y leo debajo:—Santa Teresa;—miro el estuche,—Santa Teresa;—miro la cinta que ataba los cigarros,—Santa Teresa.—Conmovíme profundamente. Jamás hubiese creído que ese pobre muchacho, además de ser bonísimo, fuese delicado hasta el extremo de celebrar y festejar el nombre de mi madre en vez del mío.»

La contestación de la madre es una verdadera bofetada á la ordenanza en lo que se refiere á la disciplina. Si el asistente de Alberto hubiese ascendido de repente á capitán general, no habría escrito, de seguro, de distinta manera. Y, según parece, el señor Remigio vió debidamente recompensada su delicada atención, puesto que un día se presentó al oficial con una carta de su casa en la mano, y con los ojos humedecidos y con voz temblorosa dió las gracias más expresivas por...

—Vaya,—dijo Alberto interiormente, en cuanto aquél concluyó,—las dos madres se han hecho amigas.



De Parma, á Plasencia; de Plasencia, á Pavía; de Pavía, á Bérgamo, otros quince días de marcha, y de ellos la mitad debajo de la lluvia.—«No se me quitan de la cabeza las desolladuras de tus pobres pies,—se lee en una de las cartas de la madre,—y no puedo hacer más que enviarte dolorosos suspiros.»—«Remíteme calcetines de hilo,»—contesta el hijo.

Bérgamo constituye la última etapa, y desde ella comienza de nuevo la narración de Alberto.

### REGRESO

A todo esto habían llegado los últimos días de Diciembre y seguía en Bérgamo con mi regimiento, distrayéndome con los libros del servicio de guarnición, que siempre, pero especialmente después de una guerra, es de una monotonía y una pesadez insoportables. Ni siquiera se me pasaba por las mientes la idea de volver á casa, porque, por una parte, no había comenzado aún el período de las licencias temporales, y, por otra, oía decir con frecuencia que el coronel no quería concederlas, pues de lo contrario todos las hubiesen solicitado. Y, sin embargo, mi madre seguía escribiéndome que «de todos modos y costara lo que costara, quería verme, y no podía continuar como hasta entonces,»—y yo le respondía, —«que tuviera un poco de paciencia y aguardara algo más,» —y ella,—«no es posible,»—y yo vuelta á tranquilizarla, y así transcurrían los días y las semanas.

Una mañanita oigo que llaman á la puerta de mi habitación: abro:—¡Qué veo! ¡Coronel!

Saludóme con mucha gravedad, no quiso sentarse, me dijo que venía de Venecia, que marchaba á Milán, que tenía buenas noticias de mi familia... Al llegar á este punto miróme en el rostro, y con tono que participaba de reprensión y de lástima, me dijo:

—Me hago cargo de que tienes vehementes deseos de volver á tu casa.

—Después de una campaña...—observé yo humildemente.

—¿Y á eso llamas tú campaña?—contestó malhumorado.

—No digas tal: no han sido más que cuatro marchas mal dirigidas y cuatro escopetazos mal disparados.

Yo me callé, y él continuó muy grave y muy serio:

—Es menester que te acostumbres á mirar el regimiento como tu verdadera familia.

Yo callaba como un muerto, y él:

—Para que se te endurezca un tanto ese corazoncito de cera, para acostumbrarte un poco á la vida del soldado, que no sabes aún lo que es, permite que te lo diga, te convendría hacer una campaña en la India, que, cuando menos, durara cinco años.

Yo callado, y él continuó:

—Esa impaciencia, esa injustificada necesidad de acercarse á las sayas... en una palabra; de volver á casa, es soberanamente antimilitar.

Yo siempre mudo. Siguió una breve pausa, y dulcificando un tantico la voz, añadió:

—He hablado á tu coronel; y te concede una licencia de cinco días: puedes partir ahora mismo.

No sabía lo que me pasaba; quise manifestarle toda mi gratitud, decirle que le era deudor de una dicha incomparable, que jamás olvidaría... Cortóme la palabra diciéndome que marchaba inmediatamente; se despidió de mí, y al hallarse junto á la puerta volvióse y me dijo:

—¡Sé soldado!

Y se fué. Dí un salto que alcancé al techo, y grité: —¡Remigio!—Presentóse éste.—Arréglame la maleta inmediatamente.—Cuando supo adónde iba, pareció más contento que yo mismo.—¡Qué contenta se va á poner su señora madre! Me parece que la estoy viendo.—Pon la imagen de